



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9769

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

MARTES 29 DE MAYO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin, 61, y J. Jones, Faubon Montmartre, 31.

M^{ME} LEONIE BROUTIN

Modista de sombreros de París.

Ha llegado

PLAZA DEL REY, 16, PRAL.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtidores, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Estudio sobre el anarquismo.

(Conclusión.)

Hay un fenómeno digno de atención en las etapas sociales de que nos habla la historia antigua. Siempre que la plebe sufrió el freno de la aristocracia, se vió acatado el imperio de la ley, si bien esta fuera acomodaticia como hecha por sus opresores; pero en los casos en que el proletariado dominaba, entregaba este el mando a algún tirano, que en halagando las pasiones de sus poderdantes, no encontraba freno a su desatentado despotismo.

En las ciudades griegas y latinas en que llegó a imperar la democracia, lejos de suprimirse la miseria se manifestó esta mas sensible; y la igualdad de los derechos políticos (cuando existió), hacia resaltar más la desigualdad de condiciones.

De todos modos, el pobre en su desesperación odió al que poseía lo

que le faltaba a él, é intentó despojarlo cuando se sintió bastante fuerte

Según Aristóteles, en Megara se enseñoreó del poder el partido popular, confiscó los bienes de los ricos en su favor y los desterró. Tucídides dice que la plebe de Samos hizo morir a 200 de sus enemigos y desterró a otros 400, repartiéndose los despojos de todos ellos. Plutarco refiere que en Siracusa fue destronado Dionisio por el partido popular y decretó este el repartimiento de las tierras. Según Polybio, los demagogos seguían las doctrinas del feroz Malpágoras de Cios, que consistían en entregar los ricos a las muchedumbres, las que mataban a unos, desterraban a otros y repartían sus bienes a los pobres.

Para completar el cuadro dejemos hablar al moderno historiador Mr. Fustel de Coulanges en su hermosa obra «L' Ancienne Ville.»

«Las clases elevadas no tuvieron jamás entre los antiguos, bastante inteligencia ni habilidad para inducir a los pobres al trabajo y ayudarles a salir honrosamente de la miseria y de la corrupción. Algunos hombres de corazón lo ensayaron sin poder conseguirlo. En cada ciudad el rico y el pobre eran dos enemigos que vivían uno al lado del otro, el uno codiciando la riqueza y el otro viendo que su riqueza era codiciada. No habla, entre ambos, ninguna relación, ningún servicio, ningún trabajo que les uniera; el pobre no podía adquirir la riqueza sino despojando al rico; el rico no podía defender sus bienes sino valiéndose de gran habilidad ó de la fuerza. Mirábanse con odio, y en cada ciudad había una doble conspiración, la de los pobres por codicia y la de los ricos por miedo.

«No sería posible determinar cuál de los dos partidos cometió más crueldades y crímenes, por que los odios borran del corazón todo sentimiento de humanidad. Hubo en Mileto una guerra entre los ri-

cos y los pobres y estos vencieron al principio y obligaron a los ricos a abandonar la población; pero enseguida, sintiendo no haber podido degollarlos cogieron a sus hijos, los reunieron en unas eras y los hicieron pisotear por los bueyes. Los ricos volvieron a entrar en la población, se hicieron dueños de ella y cogieron a su vez a los hijos de los pobres, los untaron de pez y los quemaron vivos.»

Estos cuadros de horror prueban de modo elocuente, que aquellas sociedades habían perdido por completo las más elementales nociones del sentido moral y de gobierno, si se tiene en cuenta además que al imperio de los ricos se daba el nombre de gobierno aristocrático y al de democrático a la dominación de los pobres.

Entre aquellos tiempos y los presentes media una distancia infinita, más que de época, de circunstancias civilizadoras: afortunadamente imperan la filosofía y el cristianismo.

Al presente la cuestión social ha llegado al terreno del estudio y de la reflexión, y la civilización moderna da la esperanza de encontrar soluciones que dejen separados de la masa de los proletarios a los anarquistas. Estos ilusos a quienes ha sido negada por la naturaleza la razón, hay que tratarlos como a locos. La camisa de fuerza es el tópicó que su estado morbooso necesita. Cuando la civilización, la filantropía, la caridad hayan ganado a la gran masa de obreros, quedarán aislados los enagenados y la dinamita y las demás materias explosivas, seguirán sirviendo exclusivamente para desgajar las rocas y para subvenir, bajo la mano del obrero inteligente y honrado, a las necesidades de la edad moderna.

Nada de pesimismo: trátese al pobre cual merece, como hermano nuestro ante Dios y la naturaleza, y el anarquismo habrá dejado de existir, dejando como única huella

de su paso, una enojosa página en la historia de la humanidad,

I. Martínez Riso

TIJERETAZOS

Dice un periódico que en todas partes prospera el error.

Eso le enseñará al colega, que la verdad va de capa de caída.

Y que ya va siendo difícil encontrar la verdad en este pícaro mundo.

Pícaro para los que no tenemos viñas ni bancales.

Dice Clarín:

«En este siglo de duda é intelectualismo, necesitamos el aire del ideal a toda costa y a toda prisa.»

Bueno, pues que lo compren y nos lo dejen venir huracanado.

Por desgracia el ideal se aleja de nosotros cada más veloz.

Y échele un galgo.

Telegrafían de Burgos que ha caído allí una copiosa nevada.

Igualas noticias se han recibido de Soría.

Se divierten los que allí tengan la capa empuñada.

Como se divierten aquí los que empuñaron los gabanes creyendo en las brisas de la primavera.

¿Qué remedio contra los piratas políticos? pregunta un periódico.

Y responde otro.

El fin de otros piratas suele ser malo.

¿Quiere decir el colega que cogidos esos piratas en el ejercicio de sus funciones, son colgados de las bergas del buque?

Pues bien, que cuelguen de los palos de la nave del Estado a los piratas políticos.

Los rateros de Málaga aprovechan todas las oportunidades.

El día del Corpus les robaron a unos cuantos niños las medallas que llevaban al cuello.

Cuando no se puede segar se espiga.

Dice un periódico:

«Concepción Nueva, aquella niña de

doce años de edad, que durante el cólera de 1885 hizo prodigios de valor, auxiliando a sus padres y hermanos atacados de cólera, va a recoger por fin el premio á que se hizo acreedora en lucha superior a sus fuerzas.

No se trata de concederle la cruz de Beneficencia que Aragón entero ha pedido para ella.

Sino de quitarle una pequeña pensión que disfrutaba.

De modo que al cabo de tanto tiempo le ha venido a dar á ella el cólera.»

Si, el cólera de las economías que no respeta a nadie.

Ni á la misma Caridad.

Porque la anulación de esa pequeña pensión, es un caso grave de invasión para la más preciada de las virtudes.

Si á ustedes no les parece otra cosa.

NOTAS

De cuanto llevamos dicho referente a la Memoria que desde hace días nos ocupa, se deduce que si á Cartagena se le pusiera en condiciones distintas de las que hoy tiene, la mortalidad disminuiría; y aunque no llegara á ser tal poca como la de las diputaciones, por encontrarse estas en condiciones que nunca puede alcanzar una población populosa, se reduciría de un modo notable hasta alcanzar el tanto por ciento que acusan otras ciudades, en que la higiene no está descuidada como aquí.

A favor del medio infeccioso en que se desarrolla aquí la vida, las epidemias se hacen tan frecuentes, que casi se pueda decir que vivimos continuamente epidemiados. Basta ver el cuadro de enfermedades para ver que las epidémicas son persistentes, distinguiéndose entre todas la difteria y el paludismo y como consecuencia de este último la tisis.

La difteria que en muchas poblaciones no se presenta más que con carácter invasor para cesar más ó menos tarde, ha echado aquí tantas raíces, que no nos abandona nunca; no hay estadística anual que no cuente por centenares las muertes de ese mal, que es azote de la niñez y desesperación de los padres.

Y cuenta que la Dirección de los servicios sanitarios hace cuanto es posible para contrarrestar su terrible influencia; pero como la causa persiste, como

EL ULTIMO MOHICANO.

615

ocline en que un grupo de pinos vigorosos había echado raíces, y daba una sombra lugubre y adecuada para una tumba.

Al llegar allí, las jóvenes dejaron su preciosa carga, y con la paciencia característica de los indios y la timidez propia de su edad aguardaron á que alguien les diera las gracias.

El cazador que era el único que estaba enterado de aquellas costumbres, les dijo en lengua delaware:

—Lo que mis hijas han hecho es bueno y los hombres blancos se lo agradecen.

Satisfechas con aquellas palabras las jóvenes colocaron el cuerpo de Cora en un ataúd hecho de corteza de álamo, y lo bajaron después á su última y obscura morada. La ceremonia de cubrir la tierra con hojas y ramas se llevó á cabo silenciosamente.

Después de cumplido este último deber, las jóvenes se detuvieron sin saber si debían proseguir el ritual de su nación, y entonces el cazador tomó de nuevo la palabra.

—Mis hijas han hecho ya bastante, dijo; el alma de un blanco no necesita ni vestidos ni alimentos. Pero, añadió mirando á David que acababa de abrir su libro y se disponía á entonar un canto sagrado, voy á dejar que hable uno que conoce mejor que yo las costumbres de los cristianos.

Las mugeres se colocaron modestamente á un lado,

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 614

Utsawa avanzó lentamente por entre la multitud, y colocándose al lado de los restos de Uncas se lamentó en un discurso no muy largo, de que este los hubiere abandonado.

A Utsawa siguieron otros guerreros, hasta que todos los gefes de la nación pagaron al muerto su tributo de alabanzas.

Terminados los discursos, uno de los ancianos hizo una señal á las jóvenes que rodeaban á Cora. Al verla, levantaron estas el pecho en que descansaba, sobre una como camilla hecha de ramas, y empezaron á caminar con paso lento y regular, cantando al mismo tiempo en voz baja las alabanzas de su compatriota. La Gama que seguía con atenta mirada aquellas ceremonias se inclinó hacia Munro y le dijo:

—Se llevan los restos de vuestra hija, no sería conveniente que pronunciásemos sobre su tumba algunas oraciones cristianas?

Munro se estremeció y dirigiendo á su alrededor una mirada extraviada, se levantó y siguió al cortejo abrumado por el pesar. Sus amigos lo rodearon y hasta el mismo oficial francés parecía profundamente conmovido. Cuando las últimas mujeres ocuparon su puesto en la fúnebre comitiva, los hombres estrecharon el círculo y se agruparon de nuevo alrededor de Uncas.

El lugar designado para sepultar á Cora era una

EL ULTIMO MOHICANO.

611

Uncas sentado como si aún tuviera vida, se hallaba engalanado con los más ricos adornos que su tribu había podido reunir. Soberbias plumas flotaban sobre su cabeza, armas amenazadoras brillaban en su helada mano, sus brazos y cuello mostraban infinidad de brazaletes y medallas de todas clases.

Chingachgook estaba frente á su desdichado hijo, sin armas ni adornos de ninguna especie; las pinturas habían desaparecido de su cuerpo, excepto la tortuga emblemática de su raza. Su mirada era tan fija y su actitud tan inmóvil, que un extraño no hubiera podido distinguir cual de los dos era el muerto, más que por los movimientos convulsivos que el dolor arrancaba al padre.

El cazador inclinado hacia él, se apoyaba sobre aquel arma que no había podido defender á su amigo, en tanto que Tamenund sostenido por los ancianos de su tribu ocupaba una plataforma desde donde podría ver con una mirada el triste espectáculo.

En el círculo se hallaba un militar vestido con un uniforme extranjero, y fuera se veía su caballo rodeado por varios criados también montados. El uniforme del militar indicaba que era ayudante del gobernador del Canadá: había venido como mediador, pero como la impetuosidad terrible de sus aliados hizo inútil su misión, se veía obligado á ser espectador